

Ilaria Cutolo

María Tenoury Díaz

Álvaro Guardiola Haro

Marina Íñiguez

Kevin Soto Perdomo

Perla T. Alejo R.

María Góngora

Diego Santana Caunedo

PRIMERA *PROMOCIÓN*



CENTRO DE
CREADORES
CONTEMPORÁNEOS
DE CUENCA

Lucía Tello

Fran Baena

PRIMERA
PROMOCIÓN

ÍNDICE

Copyright de la edición:
Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores
Centro de Creadores Contemporáneos de Cuenca
Primera Promoción 2025

Copyright de las obras:
Álvaro Guardiola Haro, María Tenoury Díaz, Marina Íñiguez,
Diego Santana Caunedo, Lucía Tello, Fran Baena, Perla T. Alejo R.,
Ilaria Cutolo, María Góngora y Kevin Soto.

ISBN: 978–84–122978–8–1

Imagen de portada: María Tenoury Díaz
Fotografías de los residentes: María Tenoury Díaz

Diseño y maquetación:
María Tenoury Díaz, María Góngora y Fran Baena

Imprime:
MG Marketing – Mario Galán

Carta de Antonio Gala.....5

Residentes

Álvaro Guardiola Haro.....	10
María Tenoury Díaz	16
Marina Íñiguez.....	22
Diego Santana Caunedo.....	28
Lucía Tello.....	34
Fran Baena.....	42
Perla T. Alejo R.....	46
Ilaria Cutolo	52
María Góngora	58
Kevin Soto.....	64

Carta de Antonio Gala a los *residentes*

Entre vosotros se percibe tal variedad que os transforma en un caleidoscopio. Unos escriben, pintan, esculpen, componen, edifican, filman, fotografían: son artistas que se esfuerzan en concretar su intimidad más honda a través de un lenguaje de colores, de ritmos, de formas, de volúmenes, de luces que comparten con los demás, y en obtener con ello un modo de entenderse y de solidarizarse por medio del fructífero esperanto del arte.

Por eso os quiero sanos, decepcionados y leales. Necesito pensar que crearéis, cada

cual en su puesto, un mundo diferente para vuestros hijos. No a vuestra medida —tampoco se hicieron a ella vuestras ropas—, sino a la de vuestro corazón; no a la medida de nuestras posibilidades, sino a la de vuestras esperanzas. No hay mucha gente mayor que confíe en ese futuro luminoso que presiento; yo, sí. Ojalá existiera, en el portón hermético de la muerte, un intersticio por el que pudiera asomarme a la inauguración de vuestro mundo, y bendecirlo. Desde aquí —tan seguro estoy de vosotros— lo hago hoy.



RESIDENTES

María Tenoury Díaz

Fran Baena

María Góngora

Álvaro Guardiola Haro

Lucía Tello

Perla T. Alejo R.

Marina Íñiguez

Kevin Soto

Diego Santana Caunedo

Ilaria Cutolo



Álvaro Guardiola Haro

Cieza (Murcia), 1998. Escritor y cineasta que explora la soledad, el deseo que confunde y el existencialismo. Es Máster en dirección de cine por el Instituto del Cine Madrid, donde rodó *Celeste*, su reinterpretación del mito de Pigmalión y Galatea.

En el Centro de Creadores Contemporáneos de Cuenca, ha escrito una novela que sigue la historia de un grupo de niños que vive una inexorable pérdida de lo mágico. Un mundo lleno de aventuras que, poco a poco, se

desgasta. Sus vínculos se tensan, y el propio libro envejece con ellos: su estilo se calma y el lenguaje se ensombrece. A veces, una sola palabra o gesto puede derrumbar el mundo de un personaje. El proyecto continúa con una adaptación a guion cinematográfico, explorando cómo una misma historia respira de forma distinta en el papel y en la pantalla.

Los cangrejos que caminaban hacia delante

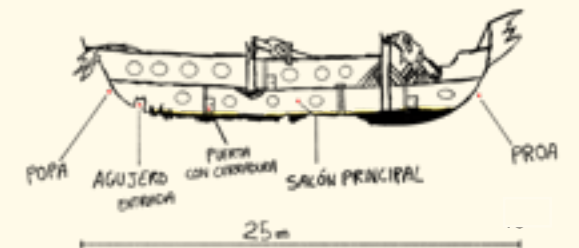
Me he cruzado con un chico que olía igual que él y llevo cuarenta y tres días registrando supermercados y tintorerías en busca de su olor. Todavía no sé si es una combinación de detergente y suavizante, o si ese olor distintivo es una mezcla de su propio cuerpo, su piel, su sudor y su pelo mezclado con el del puto suavizante. Sé que hay alguna forma de conseguirlo: ya he oído a otra persona así. ¿Por qué cojones no le habría preguntado? Cuando éramos niños no teníamos reparo en preguntar lo que nos daba la gana a quien fuese necesario. A veces, mientras estoy arrodillado, desenroscando tapones de suavizante y detergente, olisqueando, me pregunto qué estará haciendo él. ¿Estará con Nuria? ¿Tendrán hijos ya? ¿Estará trabajando a bordo de un barco? Y la respuesta es siempre la misma: supongo que no importa. ¿Qué pensaría mi padre

o mi difunta madre si me viesan así? Olisqueando en busca de algo que ya no existe y no va a volver. Solo quiero conseguir una prenda que huela como las tuyas. Que ese olor me lleve a las ensaimadas de mi pueblo —que se vendían un mes sí, un mes no— o al aire húmedo y salado, a mi habitación llena de libros y cajas de pilas para mi walkie-talkie, a los días en los que mi madre seguía viva o al calor que sentí cuando dormí con él en el campamento de fin de curso. Ese olor que me devolvía las ganas de vivir, el recuerdo de un lugar mejor que me hacía pensar que podría volver a sentirme así algún día. Si fui feliz, ¿por qué no iba a poder volver a serlo? Ese olor, ahora, es lo único que puedo tener, el último atisbo que me demuestre que fue real. Me entristece saber que si acabo descubriendo su fórmula, no la estaré obteniendo de él, sino de mi perseverancia para no pasar página, o quizá precisamente lo haga por mi testardez de pasar página, aunque consista en buscar lo mismo que sentí antaño. Aún no asimilo que hayan pasado veinte años desde que descubri-

mos el barco. Parece que fue en otra vida. En un sueño de los que parecen durar mucho, pero que al despertar entiendes que fueron fugaces.

Hace ya dos años que no escribo nada más que las noticias del periódico. Que vivo de retratar las desgracias de los demás, casi nunca hay noticias esperanzadoras. Pero, ¿y esto? Esto siempre ha sido una fuente inagotable de inspiración. ¿Pero a quién le interesaría nuestra historia, la de nuestro barco? Solo fuimos un grupo de amigos como otro cualquiera. Si acabo escribiéndola será por egoísmo: por mitigar mi malestar, pedir perdón por todo lo que hice mal, ignorando la impunidad que tienen los niños y adolescentes al hacer daño. Lo haría para que él lo leyese. Él y todos mis amigos y familiares. Para que entendiesen lo que viví y por qué actué de esa forma. Sé que esto comienza a sonar a un cúmulo de excusas que exigen comprensión, pero a lo que quiero que suene es a disculpa. Veo ahora tanto que en su mo-

mento no conseguía entender... Me centré en lo que yo perdí, pero nunca en lo que perdió él, o ninguno de los otros integrantes del grupo. Me obcequé en una sola persona, cuando había otras que me estaban regalando su amistad, su tiempo y su cariño. El barco, Boralis, que fue nuestro hogar y escondite, desapareció. Se lo llevaría la marea, quizá lo desguazaron, o puede que el ayuntamiento lo retirara de la cala para hacerlo más atractivo para los turistas. A veces quiero imaginar que sigue navegando, solo, por el Atlántico. Reviviendo nuestras aventuras, marcando el norte a los Krakens y Leviatanes de los que hablábamos. Quizá ahora fuese Poseidón el capitán y no un niño de once años. La historia comienza con la aparición del barco en nuestras vidas y de cómo llegó igual que se fue, sin que nadie lo pidiera.





Hubo tormenta el día que encontramos el barco y, en ese momento, no supe que acabaría obsesionado con él. Fueron necesarias miles de peleas y cientos de tardes juntos. Tras una de nuestras habituales riñas, volviendo a casa desde el colegio, nos subimos al autobús que siempre pretendíamos regir. Mientras decidimos —según nuestro criterio arbitrario— quién creíamos que era o no digno de acompañarnos en nuestro viaje, se nos olvidó el motivo del enfado y seguimos hablando como si nada. Nos bajamos en la misma parada: vivíamos a una sola calle de distancia. Eso no solo significaba que podíamos vernos cuando quisiéramos, sino que —mejor aún— podíamos usar walkie-talkies. No era un pueblo grande. Desde la parada de autobús a nuestras casas apenas había unos pocos minutos. La parte del camino más bonita era la del paseo marítimo. Una calle de tablas de madera oscura, moteada por los granos de arena, con la ruidosa playa a un lado y la

carretera al otro.

—¡Hala! ¿Qué es eso?
—me dijo señalando al mar.

Su inusual color azul turquesa se camuflaba con el del agua y se movía entre las olas con la suavidad con la que una gota de aceite se desliza sobre el agua.

—Parece un barco —le dije mientras me protegía de la lluvia con el gorro de mi chubasquero verde.

—¿Un barco azul?

A medida que el barco se aproximaba dejando una estela brillante tras de sí, sentimos que nos llamaba, como si algo nos tirara desde dentro del agua. El navío estaba en un avanzado estado de degradación: el casco hubiese sido turquesa en su totalidad de no ser por unos clavos de bronce que lo rodeaban. Desde la distancia entrecerrábamos los párpados, pero no podíamos identificar qué tipo de embarcación o de qué época podía ser. Desde luego no se parecía a los barcos pesqueros que acostumbraban a dar trabajo a nuestros padres.

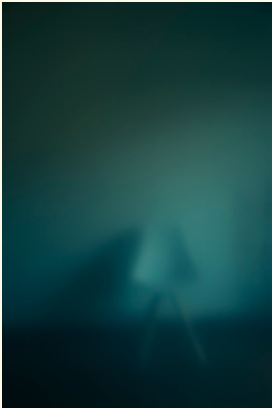
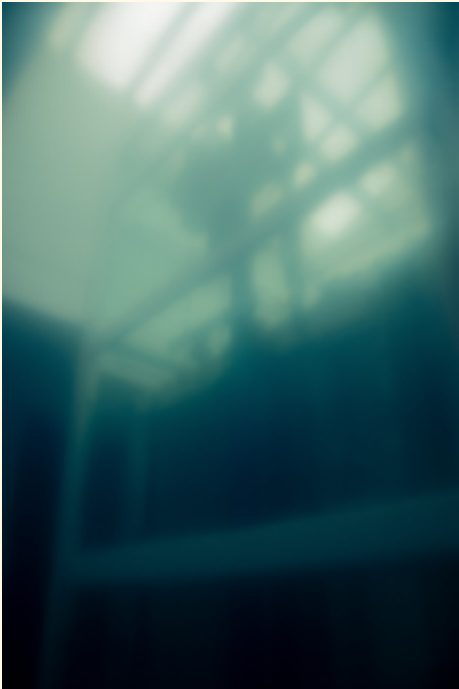
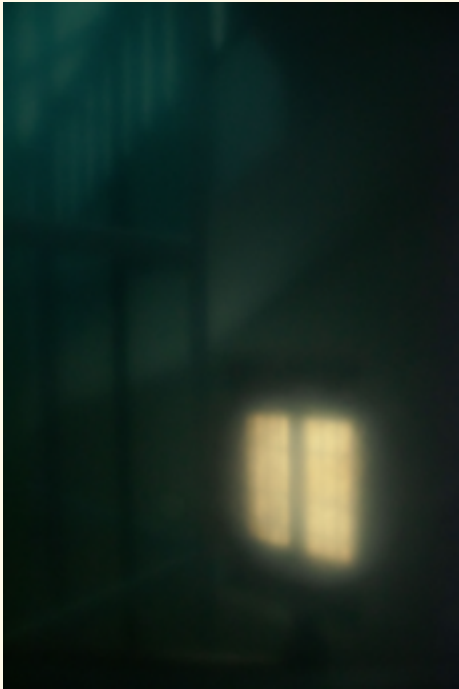


El Hierro, 1999. Artista visual multidisciplinar graduada en Bellas Artes por la Universidad de Granada. Obtuvo el primer premio del IV Certamen de Artes Plásticas Domingo Sánchez Mesa y fue becada por la residencia artística de La Dragona (2024).

Ha participado en exposiciones colectivas tanto a nivel nacional como internacional, destacando su presencia en Percorsi. *Narrative visuali sulla città* en Bérgamo (Italia, 2023) y en la exposición *Fragmentos de un jardín esculpido*, dentro del programa de La Dragona, en Jaén (2024).

Su práctica artística se desarrolla en torno a la fotografía y la instalación, explorando los procesos de transformación de la memoria y la naturaleza cambiante y etérea de las imágenes que habitan nuestros recuerdos. A través de un lenguaje sutil y poético, su trabajo se construye desde el silencio, proponiendo espacios de contemplación y evocación.

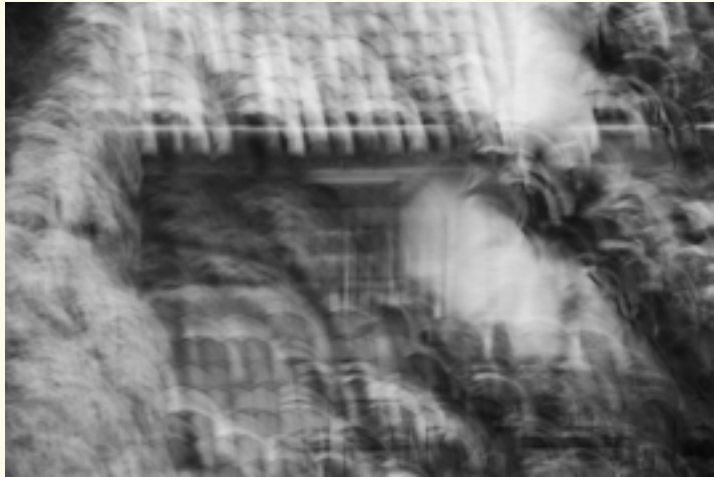
María Tenoury Díaz



La eternidad no es mía

Fotografía digital
6000 x 4000 px
2025





Incansable peregrino

Fotografía digital
6000 x 4000 px
2025



Villarrobledo, 2001. Graduada en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia (UPV), donde actualmente cursa el Máster en Producción Artística. Ha presentado su obra en varias exposiciones nacionales e internacionales, entre ellas Bendito es el fruto de tu vientre, exposición individual en el Ayuntamiento de Villarrobledo, 2024, y PAM!25 XII, Muestra de Producciones Artísticas y Multimedia en la Universidad Politécnica de Valencia. Ha sido seleccionada en el certamen de Arte Joven La Rioja XLI. La práctica artística de Íñiguez se despliega entre la escultura, la instalación, la performance y las artes audiovisuales.

Su trabajo se articula en torno a la creación de experiencias inmersivas que dialogan con la memoria, la tradición y la relación sensorial con la materia. A través del uso de materiales naturales y procesos sostenibles, propone una investigación poética sobre el territorio, la identidad y las formas de habitar el espacio contemporáneo. En el Centro de Creadores Contemporáneos de Cuenca, continúa profundizando en los vínculos entre materia, cuerpo y paisaje.

Marina Íñiguez

***En botijo pequeño
poca agua cabe***

Mimbre
140 x 75 x 60 cm
2025



***Por el mismo precio,
alpargata grande***

Esparto y mimbre
52 x 133 x 25 cm
2025



***Autorretrato: Eres más basta que
unas bragas de esparto***

Esparto
60 x 60 x 30 cm
2025



La Habana, 1997. Graduado de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana. Residente de la XXII promoción de la Fundación Antonio Gala para jóvenes creadores. Ganador del Premio Complutense de Literatura 2024, con el libro de cuentos Con las mismas manos, publicado por Ediciones Complutense.

Diego Santana Caunedo

Su novela La primera mentira, escrita en el 4C, se centra en la emigración, la amistad y el futuro como temas recurrentes, con una trama sostenida a lo largo de más de 50 años, entre La Habana y Madrid, en la que los personajes deben enfrentarse a la dicotomía constante de irse y aguantar o quedarse y aguantar. Es, sobre todo, una novela sobre decisiones, sobre las vulnerabilidades que pretendemos ocultar, sobre por qué y cómo se rompen las cosas que en algún momento asumimos como eternas.

La primera mentira

¿Cómo la gente puede vivir aquí sin mar?, piensa Cristina nueve horas después de que, por megafonía, una voz gastada dijera las palabras que la hicieron levantarse de aquella silla tan incómoda: los pasajeros de Iberia con destino a Madrid ya podían abordar el aparato que en poco más de cuarenta minutos despegaría desde el aeropuerto de La Habana. Es la primera vez que sube a un avión, la primera vez que sale de Cuba, la primera vez que viaja sola y no tiene miedo, como sería previsible. Sabe que el tío Fernando la espera al otro lado del Atlántico, en una silla tan incómoda como la que deja Cristina en La Habana para hacer, 35 años después, el mismo viaje sin retorno que hizo el tío en 1989.

¿Cómo la gente puede vivir aquí sin mar?, piensa otra vez y agarra la maleta sin que decaiga en ella la excitación. Busca la salida, la camisa verde que Fernando le

dijo que llevaría, y da varias vueltas sin desesperarse, arrastrando el bulto negro en el que carga todo lo que tiene («cuánto pesa lo imprescindible», escribió Cristina Peri Rossi, otra exiliada), antes de abrazar a un desconocido de 65 años al que no demoraría en empezar a llamar tío, y con el que recorrería media España con la intención, a todas luces descabellada y por eso posible, de unir a la fuerte pero disgregada comunidad cubana en el país.

Mientras caminan por el Madrid de un domingo a las diez de la mañana, con los freetours, los mercadillos, las señoras desayunando en las terrazas y el olor a churros impregnándose en la ropa, Cristina no sabe que unir a esa comunidad que pronto asumiría como suya es tan sencillo como entender una larga amistad rota por sabe dios qué razones, y unos egos y unas envidias que lo dinamitaron todo hace tantos años que ya casi nadie recuerda cuál fue el primer gesto, aquella primera mentira que provocó los desafueros del presente. Tal vez solo el tío Fernando y el muy renombrado Bruno Cañizares, toda

una leyenda del exilio cubano, sepan la verdad.

Y Cristina también querría saberla. Pero no una verdad a medias, ni siquiera una de esas mentiras tan bien contadas que son casi verdades. Querría la verdad, tan solo la verdad y nada más que la verdad. Preguntas. Respuestas. Preguntas. Respuestas. Búsqueda de la verdad. Búsqueda del equilibrio. Más preguntas, ausencia de respuestas, dos o tres cosas con las que obsesionarse, un par de excesos, momentos radicales, temporadas idealistas y eso es todo, piensa Cristina, que ahora vive seis horas por delante de La Habana, donde están sus padres y sus mejores amigos, y cinco horas por delante de Buenos Aires, donde vive Loreta, su «No, no somos novias, solo buenas amigas».

Era quedarse y aguantar o irse y aguantar, y no es, al menos por ahora, una distancia de llorar por las noches, pero es, eso sí, la pendenciera incertidumbre que han sentido y sienten tantos emigrantes. ¿Algún día será Madrid un hogar lejos del hogar?,

piensa y decide, al menos por el momento, al menos durante los primeros días, aparcarse la incertidumbre y fluir, encender un cigarro y fluir, nunca cambiar su acento para encajar y fluir, pensar en otro verso de Cristina Peri Rossi, «partir es siempre partirse en dos», y fluir, arrancar entre risas «la reconquista» y fluir.

*Irse y aguantar
Quedarse y aguantar*

Es agosto y en Madrid no hay madrileños, hay turistas, muchos, cientos, miles, por todas partes, a toda hora, en cualquier rincón, como una plaga que crece sin control y arrasa con ciudades enteras, piensa Cristina en tono apocalíptico y camina bajo un sol abrasador desde todo punto de vista. A pesar del agobio, los turistas, el calor, las rebajas y las parejitas aparentemente felices que se toman un vermú en una terraza y exhiben lo que Cristina quisiera tener con Loretta, se niega a bajar por una de las tantas escaleras que, con un rombitito que indica lo que son, tienen casi siempre despejada la parte izquierda para que pasen los apurados, en una ciudad cargada de prisas.

Abajo hay músicos y vagones llenos de gente, lo sabe, y un mejunje intenso de perfumes y es agosto y no hay madrileños, pero hay turistas, muchos, cientos, miles y Yo también soy extranjera, piensa Cristina y la persona a la que sigue, mujer, francesa, 30 años, se pierde por una de las entradas de la esta-

ción de Alonso Martínez. Pero yo no soy turista, piensa y busca otra persona a la que seguir, yo soy emigrante y eso es otra categoría, un «He venido a cambiar de vida», no un «He venido a hacerme fotos».

Si Cabrera Infante escribió que su recuerdo inaugural de La Habana es ir subiendo unas escaleras con escalones de mármol. Mi recuerdo inaugural de Madrid es tener miedo a bajar por las escaleras mecánicas del metro, piensa Cristina y sigue caminando bajo un sol que quema sin piedad. Tiene claro que no quiere recorrer el Madrid de los folletines turísticos, no quiere solo ir a la Puerta del Sol, el Palacio Real, la Plaza Mayor, El Prado, El Reina Sofía, El Retiro, Gran Vía, la Puerta de Alcalá, la Cibeles y El Rastro. No quiere la foto absurda frente al cartel de Schweppes, ni creer que los churros de San Gínés son los mejores del mundo ni la mejor suerte es la de Doña Manolita. Quiere no ser una turista, dejar de ser una extranjera en una ciudad que, por fuerza, debe asumir como un nuevo ho-

gar, y quiere, sobre todo, saber cómo se hace para no ser una emigrante triste.

Quiere La Latina y el Barrio de las Letras, quiere Pórgamo, La Mistral, Tipos Infames y la Cuesta de Moyano, quiere el cine Doré, Matadero, los Teatros del Canal y la Sala Galileo. Camina por Chamberí, Lavapiés, Chueca o Tribunal, y lo que más le jode, de lo que se acuerda todos los días con cierta cuota de rabia, es de que el Vedado, Miramar, La Habana Vieja y la calle 23 empiezan a emborronarse entre la nostalgia, mientras crecen las seis preguntas que la han inquietado durante sus primeros días en Madrid. Y una séptima, la misma que se hicieron Bruno Cañizares en 1978 y el tío Fernando en 1989, la misma que se siguen haciendo y que mucha gente se ha hecho también: «¿Cómo unir a la comunidad cubana en España?». Las otras, las seis anteriores, ¿Cómo la gente puede vivir aquí sin mar?, ¿Quién es (fue) mi tío Fernando?, ¿Qué pasó entre Bruno y el tío Fernando?, ¿Quién es (fue) Bruno

Cañizares?, ¿Dónde está Bruno Cañizares?, ¿Por qué el tío Fernando quiere encontrar a Bruno con tanta insistencia?, las iría de a poco solventando, luego de mucho caminar por Madrid, y otros tantos sitios de la península, luego de discernir entre verdades y mentiras, de creerse que encontrar a Bruno es la mejor de las tramas para una novela de misterio y darse cuenta de que todo es más sencillo, mucho más sencillo, de lo que sus conjeturas premeditaban.





Sevilla, 1996. Graduada en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla. Ha sido seleccionada en becas tales como Cité Internationale de París por el Ministerio de Cultura, Iniciarte o la Fundación Antonio Gala. Su trabajo ha sido mostrado de manera individual en instituciones como el Museo de Málaga y el Museo de Cádiz, así como en espacios como Provisional23, galería Badr el Jundi y El Chico en Madrid; además de realizar diversas exposiciones colectivas.

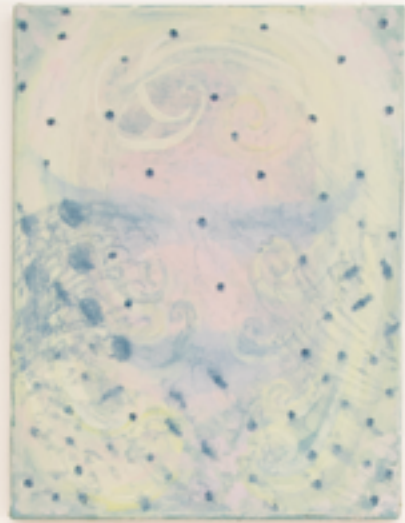
En su proyecto indaga la idea del deseo dentro del proceso de creación plástica. A partir del sexto tapiz de *La Dama y el Unicornio* y la enigmática inscripción “À Mon Seul Désir”, reinterpreta su iconografía y estructura para plantearse de qué modo el deseo orienta nuestras acciones en la práctica artística.

Lucía Tello



À mon seul désir

Vista de instalación
Cadena, pegatinas estrelladas sobre terciopelo, terciopelo sobre tabla,
óleo sobre lino, resina epoxi, pegatina y amapolas enresinadas.
Medidas variables
2025



yo oía, como si no tuviera oído

óleo sobre lino
61 x 46,5 cm
2025



nacimiento del unicornio

óleo sobre lino
162 x 114 cm
2025



Fran Baena

Priego de Córdoba, 1999. Ha tenido exposiciones individuales como *Ensalada de quantazos* en el Centro Cultural de La Carolina, Jaén (2025); *hyperpop* en Palacio de Condes de Gabia, Granada (2024); o *Fantasía Placebo*, en Galería Yusto/Giner, Madrid (2022). Exposiciones colectivas como *Andalucía perpetuum mobile*, Centro Cultural CajaGranada (2025); *Narratives: Crafting Stories out of order*, Août Gallery, Dubai (2024); o Kiaf en Seúl, Corea del Sur (2024).

Además tiene obras en colecciones nacionales e internacionales como la Colección Klasse, Piramidón Centre d'Art Contemporani, B4 Garage en Seúl, Ayuntamiento de Granada, Ayuntamiento de Málaga o Diputación de Segovia.

Su trabajo enlaza una revisión crítica, irónica y narrativa sobre las imágenes consumidas en la web, a través del apropiacionismo, el meme y la imagen pobre. Incidiendo en las problemáticas sociales que estas imágenes reflejan bajo su aparente banalidad.



Wojak pájaro

Máscara de papel, papel
de seda y acrílico
20 x 15 x 13 cm
2025

Today I saw the whole world (I, II, III, IV)

Tejas de barro, acrílico y gotelé sobre made-
ra, metacrilato, leds, papel y sargentos
Medidas variables (25 x 29,5 x 21 cm (c/ud))
2025

↵



El secuestro

Temple al huevo y acrílico sobre lienzo
63 x 53 cm
2025



Tríptico de la valentía

Chapitas de refresco, estaño y acero frío
203 x 100 x 30 cm
2025



La casa de la demandadera

Tejas de barro, acrílico sobre
madera, tela, papel y objetos
encontrados intervenidos.
104 x 50 x 50 cm
2025



Moca (República Dominicana), 1999. Es artista multidisciplinar e investigadora en prácticas artísticas contemporáneas. Migrante entre medios y materiales. Licenciada en Comunicación Audiovisual y Artes Cinematográficas por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (Rep. Dom.), ha realizado el Máster en Investigación en Prácticas Artísticas y Visuales y actualmente cursa el Doctorado en Investigación en Humanidades, Artes y Educación en la Universidad de Castilla La

**Perla T.
Alejo R.**

Mancha, Cuenca, España. Trabaja con materiales naturales, reusados, descartados, entrelazando folclore y estética para explorar la identidad, y lo heredado.

Actualmente desarrolla una investigación teórico-práctica sobre el patrimonio de la ciudad de Cuenca, enfocada en la ruta del mimbre en la Serranía y la Alcarria conquense. El proyecto combina fotografía, instalación escultórica y escritura, con el objetivo de revalorizar el saber artesanal de la zona y reconstruir una memoria material que invita a imaginar lo que seremos.

La lumbre de una vela

Albalate de las Nogueras, Villaconejos de Trabaque, Priego, Cañamares, Fuertescusa, Cañizares, Puente de Vadillos y Beteta componen un mapa conexo y silencioso que, vista desde lejos, parece arder. A la orilla de los ríos Trabaque y Escabas —venas que recorren la Alcarria y la Serranía conquense— los cultivos de mimbre se alzan como racimos verticales semejantes a cerillas encendidas. En invierno, cuando la savia desciende y la corteza adquiere sus tonos más intensos, estos campos dibujan un paisaje cromático que comprenden el carmesí, el amarillo, el naranja y el púrpura. Es un territorio donde la naturaleza y la mano artesana han convivido en equilibrio.

Estas localidades, afectadas por el fenómeno de la España vaciada, sostienen todavía más el mayor porcentaje de la producción nacional de mimbre, abasteciendo talleres y exportaciones hacia otras regiones de España y América. Sin embargo, esta industria tradicional —abundante en saberes, memoria y arraigo territorial— atraviesa hoy un declive notorio: la superficie cultivada disminuye cada año, el número de artesanos disminuye y el relevo generacional apenas existe. Como señala Tim Ingold (2013), las prácticas artesanales son siempre “formas de habitar”, modos en que las personas se relacionan con el mundo a través del hacer; cuando un oficio se pierde, también se pierde una manera particular de habitar en el territorio.

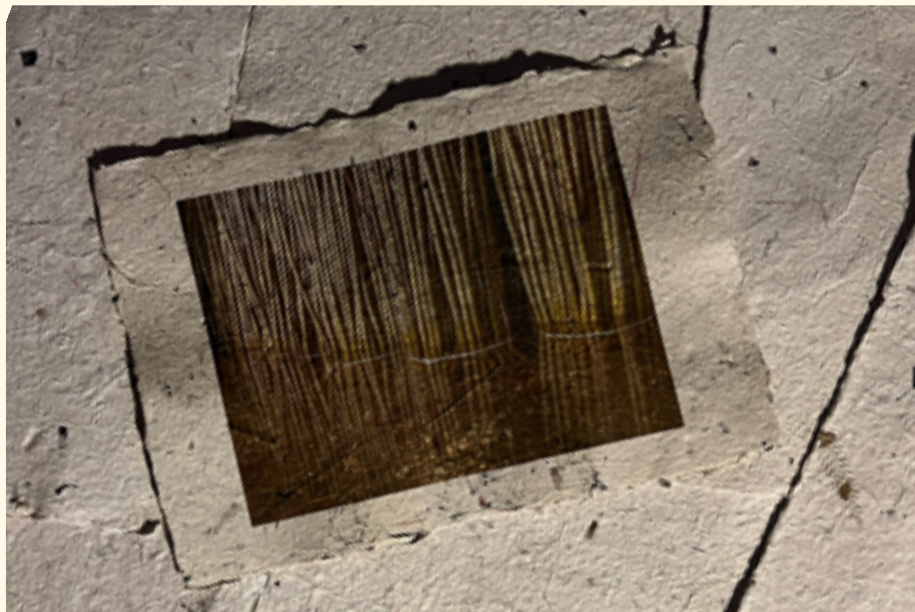
El mimbre, rama joven del sauce, ha sido históricamente valorado por su flexibilidad,

resistencia y durabilidad. Con él se han producido cestas, muebles, sonajeros, alfombras y toda clase de objetos de uso cotidiano. En términos ecológicos, su ciclo corto, su rápida regeneración y su carácter biodegradable lo convierten en una alternativa sostenible frente al plástico y otros materiales industriales que se impusieron desde mediados del siglo XX. Sin embargo, como apunta Richard Sennett en *El artesano* (2008), los materiales no desaparecen por ineficaces, sino porque se modifica el sistema cultural que da sentido a su uso.

Este trabajo explora la urdimbre y trama territorial, histórico y simbólico de la ruta del mimbre en la serranía y alcarria conquense. A partir de un enfoque que combina observación directa, revisión documental y diálogo con artesanas, traza un recorrido que va desde las características

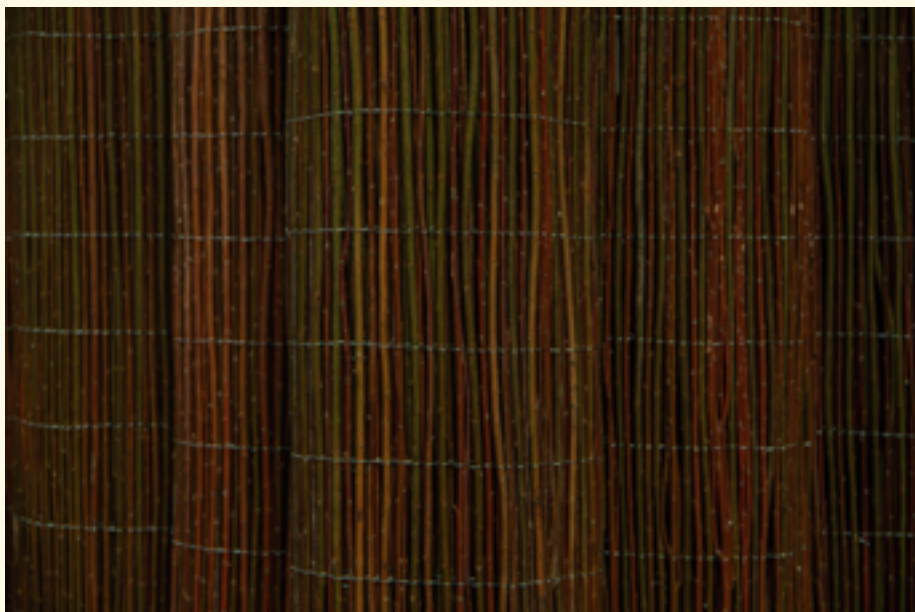
botánicas del material y su llegada a la región, hasta las dimensiones culturales vinculadas al oficio y su relevancia actual en el debate sobre sostenibilidad, así como posibles salidas de reanimación de esta ruta. La investigación incluye referencias al imaginario religioso local —particularmente la figura de San Julián “El Tranquilo”—, a las vivencias de quienes trabajan el mimbre y a los procesos de transformación que hoy marcan su supervivencia.

Entender esta fibra vegetal es entender un territorio: su ritmo, su memoria y su fragilidad. Esta investigación busca, por tanto, acompañar este trayecto como quien busca una fosfora para encender la lumbre, quedarse frente a ella, buscar el calor que entrega. Una rama pequeña, pero persistente, que ilumina los vínculos entre paisaje, comunidad y artesanía.



Relieve colectivo

Impresión fotográfica
sobre papel artesanal
de mimbre
29 x 21 cm
2025



Patrimonio vivo

Fotografía digital
5184 x 3456 px
2025



Vallas al monte

Instalación
Mimbre natural, alambre dulce
140 x 46 x 40 cm; 137 x 20 x 25 cm; 125 x 15 x 14 cm
2025



Ilaria Cutolo

Nápoles, 1996. Graduada en Bellas Artes por la Accademia di Belle Arti di Napoli, donde también realizó un máster en Pintura. Actualmente cursa un doctorado en la Universidad de Sevilla.

Ha participado en diversas exposiciones colectivas en Italia y España. En 2024 formó parte de la V Bienal Universitaria Andaluza de Arte Contemporáneo (BIUNIC) y presentó su primera exposición individual, Parlami del mare, en la galería CapNapoliEst de Nápoles. Varias de sus obras han sido seleccionadas para certámenes y premios a nivel nacional.

Su trabajo en el 4C investiga cómo la memoria familiar y los gestos cotidianos siguen presentes en los espacios domésticos, construyendo un archivo emocional que conecta pasado y presente. Partiendo de su experiencia entre Italia y España, culturas donde el entorno familiar tiene un peso simbólico y afectivo muy fuerte, observa el hogar no solo como un escenario, sino como un cuerpo vivo, donde persisten objetos, rutinas, creencias y formas de cuidado que se transmiten silenciosamente de generación en generación.



Ex familia

óleo/lino
195 x 130 cm
2025



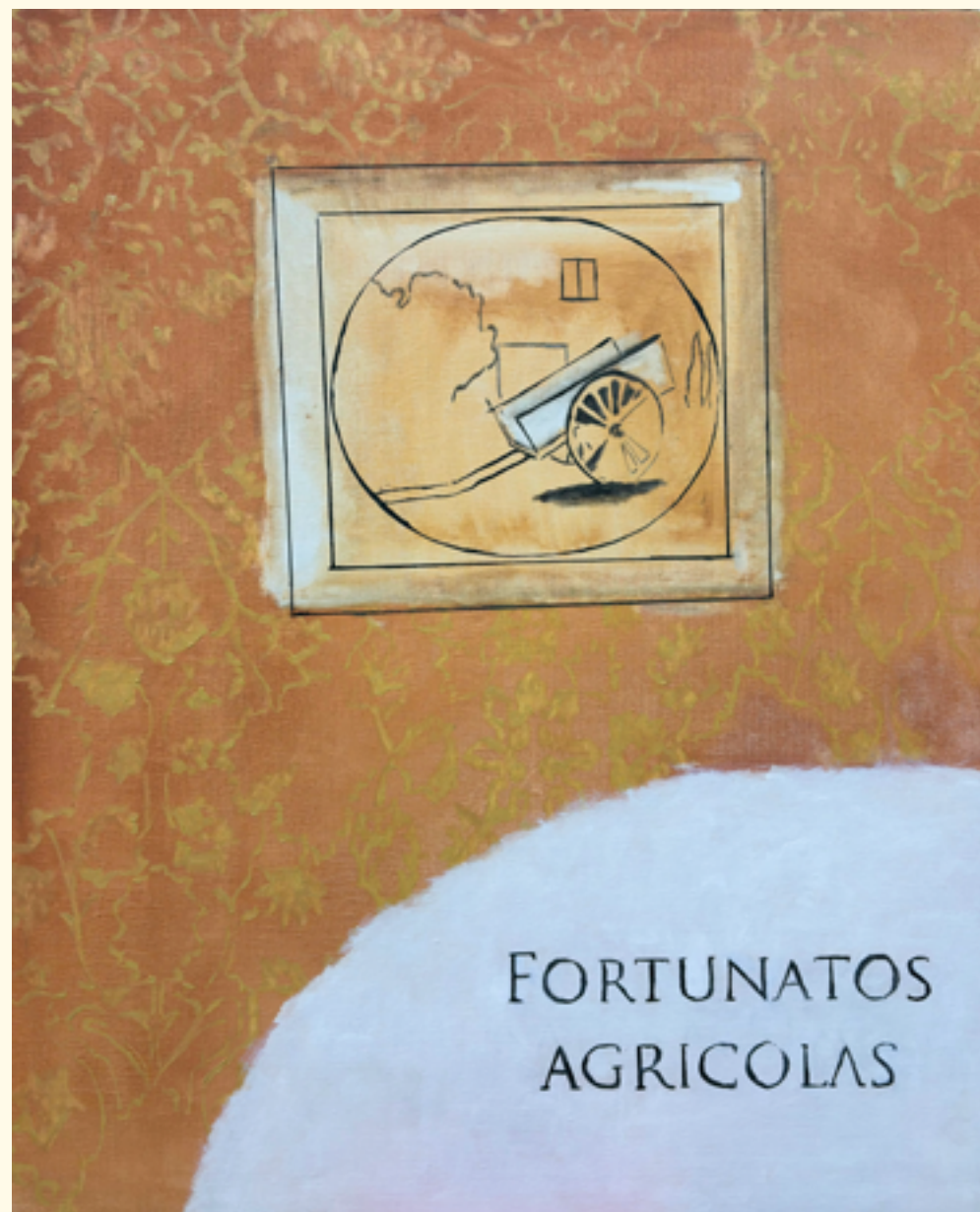
Aggiungi un posto a tavola I

óleo/lino
46 x 55 cm
2025



Aggiungi un posto a tavola II

óleo/lino
46 x 55 cm
2025



Fortunatos agricolas

óleo/lino
100 x 81 cm
2025

Lo que no se tira

óleo/lino
146 x 114 cm
2025





María Góngora

Almería, 1999. Graduada en Bellas Artes en Málaga, completó esos estudios con el Máster de Producción Artística Interdisciplinar en la misma facultad. Ha participado en diversas exposiciones colectivas en diferentes localidades, entre otras la exposición INT23, en el Centro Cultural María Victoria en Málaga, la 10º edición de la Muestra Internacional de Videonarración A/R/Tográfica en Granada o las XXXVIII y XLI Muestras de Arte Joven en La Rioja.

Su proyecto se estructura en torno al hogar, con la intención de subvertir los discursos tradicionales, que lo asocian a lo íntimo, femenino y emotivo, para situarlo como un lugar de sospecha e inquietud.

El ganchillo, descontextualizado, se presenta como una herramienta pictórica y escultórica. Un lenguaje abierto capaz de someter la imagen, mezclándola y cancelándola, para favorecer la construcción de un relato propenso a la interpretación subjetiva del espectador.



***Cuando se mata al gorrino o se
muere la abuela no se va a la escuela***

Lana e hilo
58 x 75 cm
2025



Madriguera

Lana e hilo
105 x 95 cm
2025



Misifú II

Hilo, ramas y alambre
47 x 35 x 70 cm
2025



Misifú I

Lana, hilo, madera y huesos
38 x 37 x 72 cm
2025





Kevin Soto Perdomo

La Habana, 2000. Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana y egresado del Curso XXIII de Técnicas Narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Obtuvo la Primera Mención de la Beca de Creación Literaria La Noche Boca-riba 2023. Textos de su autoría han sido publicados en revistas y antologías publicadas en Cuba, México y EE.UU.

El leitmotiv de su novela es la espera. La historia se desarrolla en torno a Nicolás, quien se ha empeñado en paralizar el tiempo en su casa mientras espera el regreso de Esmeralda. Así cree que cuando ella regrese logrará convencerla y convencerse a él mismo de que no han estado dos años separados e incommunicados. La novela sigue la tradición mágico-realista y explora lo fantástico cotidiano.

Música de ascensor

El viento llegaba del norte. El mar oscuro lanzaba a la orilla olas suaves de cresta blanca que insinuaban frialdad. Las sombrillas de madera y hojas de palma no tenían sentido en noviembre. Inútiles para contener el agua de la lluvia. Tampoco nadie necesitaba de su sombra. En noviembre parecían unos cuantos clavos enormes puestos ahí solo para sujetar el mar a la arena. Tres aves blancas de patas largas aprovechaban la escasez de personas para pasearse tranquilas por la orilla buscando algún crustáceo u otro animal pequeño.

Nicolás y Daniel se sentaron en la arena. Daniel abrió su mochila, sacó dos cervezas y le dio una a Nicolás. Nicolás la abrió, bebió un sorbo. Daniel inhaló hondo, retuvo el aire por unos segundos y exhaló. Luego abrió su cerveza y bebió. Chasqueó la lengua y dijo que después de todo había sido buena idea ir a la playa o

algo similar. Lo dijo en voz baja como para él mismo.

—Es raro venir a la playa y no meterse en el agua —respondió Nicolás al comentario que apenas le oyó a Daniel.

—Raro para ti. Hay mucha gente que se contenta con sentarse en la arena y beber. Incluso en verano.

—Cada vez que vengo a la playa, me la paso todo el rato en el agua. Solo salgo a comer. La piel de las manos se me arruga tanto que parece las líneas de los corales. Da la impresión que puedo retirarla.

—A mí me gustaba pasarme todo el tiempo en el agua, pero solo de niño. Adolescente quizás. Con el tiempo fui perdiendo ese gusto por estar todo el rato en el agua. Ahora en verano solo entro al agua un rato, pero realmente la mayor parte del tiempo me la paso en la arena.

El viento marino y salado se les pegaba al cuerpo y entraba al cerebro a través de las fosas nasales removiendo los archivos de la memoria.

—También pensaba que podía quitarme la piel de las ma-

nos cuando se me arrugaban así, ¿sabes? —continuó Daniel—. Pero ni siquiera me atrevía a intentarlo. ¿Y si al levantar esa piel descubría algo horrible, no sé, la carne viva, los músculos, los tendones, las arterias? ¿Y si al retirar la piel dejaba al descubierto otra piel, una escamosa, o gelatinosa, como la de las medusas o los pulpos? Y que no hubiera vuelta atrás. Ambas situaciones me parecían terribles. Sin piel en las manos y con los nervios expuestos me iba a ser imposible volver a tocar nada ni a nadie. Sentir de más duele. Y con una piel escamosa también tendría muchos problemas. La mugre se quedaría atrapada entre las escamas, al pasar la mano por alguna superficie porosa podría perder algunas escamas y quizás eso dolería, tocar a alguien sería desagradable para esa persona. Con una piel gelatinosa creo que me sería muy difícil sostener algo. También sería desagradable para cualquiera ser tocado por mis manos gelatinosas.

—Te vendrían bien unas ventosas. Para las escamas no se me ocurre nada.

—Creo que sería otra complicación. Pasaría mucho trabajo para soltar algo. —Bebió un poco de su cerveza—. Bueno, creo que después de todo no me han hecho falta ventosas para padecer de ese problema.

Nicolás inclinó su torso hacia atrás y apoyó los antebrazos en la arena.

—Yo pensaba que podía retirarme la piel, pero nunca llegué a temer de verdad que pudiera retirarla. Creo que no era tan imaginativo como tú. O no sé. Lo que sí temía era que la piel de las manos creciera a tal punto que se quedara colgando como un guante de unas cuantas tallas más grandes. Me imaginaba mi mano libre dentro de mi propia piel.

—Suenas asqueroso.

—Tus tres opciones de escama, gelatina y músculos y tendones también están asquerosas.

—¿Ponemos música?

Nicolás conectó su celular a la bocina de Daniel. Reprodujo Beetlbum. Daniel se llevó un cigarro a los labios y lo prendió.

—Temazo —dijo después de soltar la primera bocanada de humo.

—He estado escuchando este álbum toda la semana.

—Blur, el álbum, ¿cierto?

—No, Blur: The Best of. Creo que es uno de mis álbumes favoritos de este tipo, de los que recopilan las supuestas mejores canciones de una banda. No soy muy fan de este tipo de álbumes, pero este es muy bueno.

—Sí. Tampoco soy muy fan de esos álbumes. Siempre son una selección de las canciones más conocidas en lugar de las mejores canciones. No quiero decir que muchas de las canciones más conocidas de una banda o de un artista no sean buenas. Pero sí sucede muchas veces que las mejores son mucho menos conocidas.

—También tiene que ver con los gustos personales. Seguro te puede gustar mucho una canción deeee... no sé, David Bowie, y que sea una buena canción, pero que solo tú encuentras fantástica.

—De igual modo, siempre se quedan fuera buenas canciones. Daniel se acostó en la arena. Le dio una honda calada a su cigarro. Retuvo el humo por unos cuantos segundos. Luego lo ex-

pulsó lentamente por la nariz. Ni-colás cantaba en voz baja junto a Damon Albarn.

Damon Albarn y yo





Rock!

